



HISTORIA Y FILOSOFÍA EN TUCÍDIDES Y TITO LIVIO

ANTONI MANUEL MERCÉ I ANYÓ

RESUMEN:

Aunque la historiografía clásica ha sido considerada como un género literario y, en consecuencia, como una producción de carácter más retórico que científico, es indudable que posee un valor científico

más cercano a la historiografía moderna de lo que los historiadores actuales están dispuestos a admitir. Profundizando en la relación entre historiografía y filosofía clásicas encontraremos que los puntos de contacto entre ambas disciplinas tenían un peso decisivo, hasta el punto de que es absurdo estudiarlas por separado. Este ensayo analiza dos figuras señeras de la historiografía clásica en su contexto filosófico: Tucídides y Tito Livio.

PALABRAS CLAVE: Tucídides, Livio, historiografía, política, religión, filosofía de la historia, retórica.

ABSTRACT:

Classical historiography has long been considered a literary genre. Indeed, it has been dealt with more as a rhetorical than as a scientific discipline. However, it is beyond doubt that it possessed far greater an epistemological value than modern historians are willing to admit. By studying the points of contact between classical historical and philosophical writings, it can be discovered the absurdity of dealing with both disciplines separately. This essay will analyze two of the greatest historians of the Ancient Era: Thucydides and Livy.

KEYWORDS: Thucydides, Livy, Historiography, Politics, Religion, Philosophy of History. Rhetorics.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo toma la forma de una comparación entre dos autores equiparables por la influencia que han ejercido en la posteridad, pero también dos autores totalmente contrapuestos en su estilo, su método de hacer historia y su pensamiento acerca del papel de su disciplina. Livio y Tucídides escriben historias distintas, y lo hacen por motivos absolutamente dispares, y esta disparidad no se explica simplemente por la distancia que los separa en el tiempo o por su pertenencia a dos tradiciones culturales y momentos políticos dife-



rentes. Sin embargo, ambos son historiadores en igual medida. Lo que los une es el modo en que, a lo largo de su obra, historia y filosofía caminan unidas de la mano.

Nuestra investigación es de naturaleza filológica, filosófica e histórica. Su objeto de estudio no es determinar qué filosofía de la historia existía en el mundo antiguo. Básicamente, porque sería tan fácil como incorrecto afirmar que no existía tal cosa. En efecto, la mayoría de filósofos antiguos nunca hablaron acerca de las premisas y elementos funcionales de la historia en tanto que ciencia y, los que lo hicieron, no dejaron testimonio o eran filósofos, como Cicerón, casi por incomparecencia. Pero los grandes historiadores clásicos fueron, en mayor o menor medida, filósofos.

Aristóteles, un pensador que ninguna persona seria se atreve a tomar a la ligera, ha dado por sentado una afirmación que ha ofendido a todos los historiadores por igual:

“La historia no tiene suficiente peso, no es lo bastante filosófica, ni siquiera por comparación con la poesía. No puede ser analizada, reducida a principios o sistematizada. Nos dice simplemente lo que Alcibiades hizo o padeció. No establece verdades. No tiene una función seria”.¹

Cicerón, en su caso, hablaba de la historia como una especie de accesorio para la retórica. Para acabar de empeorar las cosas: “todos los filósofos griegos, hasta el último de los neoplatónicos, concordaban evidentemente en su indiferencia frente a la historia como disciplina”.²

Para los filósofos de la Antigüedad, la historia había caído bajo el dominio de la retórica. Y, sin embargo, la lectura de las grandes obras historiográficas que nos han llegado a través de los siglos nos muestra una y otra vez lo contrario: son precisamente los historiadores los que, efectivamente, utilizaron la filosofía y la retórica como herramientas auxiliares.

Es posible demostrar que los grandes historiadores clásicos, más que meros cronistas o narradores, supieron dotarse de las herramientas científicas y metodológicas para crear una disciplina científica que, en palabras de George Steiner, llegaría a ser un elemento distintivo, identitario, de la cultura occidental. O, más bien, de la cultura occidental en aquel ya periclitado universo que Stefan Zweig denominaba “el mundo de ayer”. El propósito de este trabajo es demostrar que los presupuestos científicos de la historia, aquello que confiere a ésta su productividad y su validez epistemológica, son indisociables de la filosofía.

Todo esto puede parecer profundamente anacrónico. ¿Qué tiene que ver un historiador actual, con su formación y títulos académicos, con Tucídides o Livio, hombres que vivieron en una era precientífica? ¿Se interesan por los mismos fenómenos? ¿Utilizan las mismas herramientas? ¿Escriben igual? ¿Lo hacen con la misma finalidad? ¿Se perciben a sí mismos en tanto que historiadores, preocupados por encontrar la verdad de los acontecimientos, o como literatos, obsesionados con la búsqueda de narraciones atractivas y edificantes? ¿Ciencia o retórica? Ni siquiera el historiador más avanzado en filosofía de la historia es capaz de dar una respuesta sencilla a estos interrogantes, por el mero hecho de que no existe. Lo que el historiador moderno no puede dejar de lado es, como lo describió Benedetto Croce, este hecho incuestionable: “la historiografía moderna está casi exactamente como la dejaron los griegos, y pese a que hemos añadido algunos detalles y vemos el conjunto bajo una luz algo distinta, la obra de los historiadores antiguos queda preservada en la nuestra”.³

1 M.I. FINLEY; “Myth, memory and history” en *History and Theory*. Vol. 4. No. 2 pp. 281-301. Wesleyan University. 1965 pag. 282.

2 FINLEY. Op. Cit. Pag. 283

3 B. CROCE, (1920): *History, its theory and its practice*. Harcourt, Brace and Company. New York. Pag. 185.





Para curarme en salud, debería dejar aquí una definición propia del objeto de estudio (la historia): *el análisis crítico y racional, utilizando cualquier fuente disponible, de fenómenos del pasado llevados a cabo por seres humanos en sociedad, estructurado en un relato coherente*. Hasta donde llegan mis esfuerzos, no puedo dar una definición más precisa de lo que es la historia, y no puedo presumir de que sea especialmente brillante o poética. Sin embargo, en ella se recogen los elementos fundamentales de esta rama del conocimiento humano: la crítica y la narrativa. Si suprimimos cualquiera de estos dos elementos, ya no tenemos historia. Tendremos épica, cronística o árida prosa academicista, pero no historia.

Aparte de su valor productivo, es decir, la convicción de que el conocimiento de la verdad acerca de los sucesos del pasado puede ayudarnos a gestionar mejor los problemas del presente, la historia posee otra finalidad, más allá de la mera tautología que sería afirmar que la historia tiene como objetivo estudiar el pasado: conformar un discurso de la memoria colectiva que sirva como elemento de enculturación dentro de una sociedad humana. Sin embargo, ésta es la misma finalidad que tenía la épica: contarnos, como ya dijera Hegel, “lo que está ahí, dónde se producen y cómo se producen las acciones”.⁴ El propio Hegel, como resume David Viñas, “afirmaba que la épica es un género que se caracteriza por su objetividad: la expresión de una edad heroica, de un espíritu nacional, la Biblia de una nación”.⁵

No se escapa a los ojos de ningún historiador moderno que nuestra disciplina alcanzó su momento de esplendor en la época del nacionalismo decimonónico, y que sus logros han sido paralelos al avance del imperialismo occidental. Si la historia constituye un elemento clave en la organización del espacio y la cultura en Europa, entonces tanto la épica como la historia son mecanismos de enculturación: herramientas para la definición de una colectividad. Sin embargo, sabemos que la épica deja paso a la historia, del mismo modo que el *mythos* cede su lugar al *logos*: la principal dificultad es describir cómo se opera esta transición. Y este cambio sólo se puede explicar en relación con la filosofía.

Puede parecer un poco extraño que haya decidido remontarme hasta Hegel: en su opinión, la épica fue desplazada por la tragedia y la novela según la evolución natural de las sociedades. Puesto que Hegel estaba trabajando con géneros artísticos, cometió una equivocación fundamental, puesto que la épica nunca podría haber sido desplazada por la novela, ya que la novela no puede servir, en tanto que dialéctica entre el individuo y la sociedad, para la enculturación de nuevas generaciones: produciría resultados paradójicos. En mi opinión, la sucesora natural de la épica es la historia. Ambas comparten una meta: la elaboración de un relato verídico. En una obra de inconmensurable influencia podemos leer lo siguiente: “Si consideramos las ocasiones en las que el poeta, en la *Iliada*, invoca la ayuda de las musas, veremos que la petición tiene que ver con el contenido y no con la forma: siempre pide una información factual”.⁶ La historia añade algo más: la necesidad del análisis crítico, la reflexión sobre las causas más profundas de los acontecimientos, y la búsqueda de una mejor definición de lo que significa la existencia humana. Sin la menor vacilación, me atrevo a decir, junto a Ortega: “En suma, el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene...historia”.⁷

Es necesario entender que el historiador, en tanto que tal, no hace la historia que quiere. No le es posible imaginar la historia del pasado sin apoyarse en el documento, y su poder de imaginación está condicionado por la naturaleza de ese documento. Un historiador

4 G.F. HEGEL, (1989): *Lecciones de estética. Vol.I*. Península. Barcelona. Pag 222.

5 D. VIÑAS, (2007): *Historia de la crítica literaria*. Ariel. Barcelona.

6 E.R. DODDS, (1973): *The Greeks and the Irrational*. University of California Press. Berkeley. Pag. 80

7 J. ORTEGA Y GASSET, (1970): *Historia como sistema*. Ediciones de la Revista de Occidente. Madrid. Pag. 51

hace la historia que puede. En este sentido, las posibilidades de la historia son diferentes en estos dos autores. En orden puramente cronológico, Tucídides es el segundo historiador cuya obra se ha conservado. No se puede hablar de una tradición historiográfica cuando sólo contamos con Heródoto y Tucídides. Por el contrario, Livio escribe sobre la base de una tradición que le precede. Puede citar, criticar y creer a sus predecesores, tanto griegos como romanos. Puede leer los *Orígenes* de Catón, los *Annales* de Cornelio Nepote o la *Historia* de Polibio. Conoce la tradición historiográfica helenística. En definitiva, Livio puede escribir una historia de Roma desde su fundación, *Ab Urbe Condita*. En la historiografía clásica, Livio es un historiador del tiempo largo, como podría decir Braudel. Tucídides no sólo escribe una historia mucho más limitada en el tiempo y el espacio, sino que la hace de su propio tiempo presente.

Livio y Tucídides son dos polos opuestos en la historiografía clásica en muchos otros aspectos que iré desarrollando a lo largo de este trabajo. No sólo son autores muy diferentes en su método investigador y su estilo sino también, sobre todo, en el motivo que les lleva a escribir historia. Argumentaré que, para Tucídides, la historia constituye una investigación sobre la naturaleza universal del ser humano y su carácter político partiendo del mundo que conoce: el mundo griego en plena conflagración bélica. Como ha señalado Darien Shanske: “La Historia de Tucídides no es sólo una obra para el que desea contemplar la verdad, sino para aquel que está dispuesto a emprender una búsqueda difícil e incierta en un conflicto terrible”.⁸ Para Livio, la historia es una herramienta para explicar qué es Roma y qué significa ser romano, de donde se deduce que la obra de Livio tiene el objetivo de construir una identidad cuyo valor es universal en tanto que es romana. Tucídides estudia al ciudadano en la polis, la polis como una unidad política inestable cuyo destino es incierto; Livio concibe Roma en su grandeza como una creación de la Providencia. El primero busca diagnosticar los males de la polis analizando la historia de sus síntomas; el segundo nos ofrece la historia como un remedio para un mal ya conocido.

1. HISTORIA COMO GÉNERO

El propósito de esta sección no es plantear hipótesis completamente revolucionarias que rompan con toda la tradición académica en torno a un autor tan comentado, criticado, elogiado y malinterpretado como Tucídides. En todo caso, lo que pretendo es elaborar una nueva síntesis interpretativa que permita al lector moderno aproximarse a Tucídides y Livio con una mentalidad abierta. En ese sentido, es necesario desmontar una larga serie de prejuicios que provienen de una larga tradición interpretativa en torno al historiador ateniense, un autor que ha sido víctima de los manejos de los filósofos, de los filólogos y de los historiadores, cada uno de ellos interpretándolo, como era su deber y su derecho, de acuerdo a sus propias convicciones y posibilidades. No es posible deshacer todos los entuertos en torno a esta cuestión y, de hecho, es posible que tampoco sea deseable. En todo caso, hay determinados aspectos de esta milenaria tradición interpretativa que son claramente el producto de trasladar a Tucídides nuestros propios prejuicios.

En torno a un autor que toma como materia de estudio una guerra de treinta años de duración y que lo hace con un método, un estilo y una concepción antropológica que le son propios, es posible encontrar justificación a las ideas más peregrinas. Pero esto es injusto: peor aún, es poco riguroso. En la medida en que es posible, un autor debe ser interpretado en sus propios términos, partiendo de la lectura directa de su obra. Una lectura que, sin descartar un sano escepticismo, demuestre simpatía. Se trata de encontrar un término

⁸ D. SHANSKE, (2007): *Thucydides and the Philosophical origins of History*. Cambridge University Press. Cambridge. Pag. 168.



medio entre el hipercriticismo a que nos conduce la asunción, errónea, de que nosotros sabemos más que Tucídides, y la todavía más peligrosa ingenuidad que supone creer que en Tucídides se encuentran el alfa y el omega del rigor histórico.

Lo único que hace posible el entendimiento entre los lectores actuales y los autores de hace dos o tres milenios es la certeza de que autor y lector, en tanto que seres humanos, son igualmente falibles e imperfectos. Sin partir de esta idea, es imposible no ya la interpretación, sino el disfrute y el aprendizaje que se obtienen con la lectura. De creer que la obra que leemos es perfecta e inmejorable surgen el dogma y la credulidad; de la creencia opuesta surgen el desprecio y el etnocentrismo.

Cuando se trata de interpretar a Tucídides o Livio, se corre el riesgo de aparentar que uno está reinventando la rueda si se desprecia todo el *corpus* interpretativo en torno a su obra. El propósito de los siguientes capítulos es analizar determinados aspectos de estos historiadores que se prestan a confusión:

- La naturaleza del método historiográfico y el estilo literario de ambos autores.

- La relación de Tucídides y Livio con la oratoria.

Lo que puede tener de novedoso este trabajo es que las conclusiones a las que llega estarán sustentadas principalmente en las propias palabras de ambos historiadores, y no se trata de una refundición del abundantísimo material bibliográfico en torno a ellos. Por lo demás, es necesario insistir, sería una necedad dar la espalda a toda esta tradición, que debe ser tenida en cuenta en lo que vale.

1.1 ESTILO Y MÉTODO HISTORIOGRÁFICO DE TUCÍDIDES. EL PROBLEMA DE TITO LIVIO

¿Qué se había propuesto Tucídides al relatar su historia? ¿Cómo se explica la posición de extrema singularidad que ocupa en el contexto de la historiografía antigua? Quizá es posible extraer las claves de su concepción filosófica y epistemológica de la historia de un pasaje del libro I:

“Quizá su carácter no fabuloso los haga parecer menos agradables en una lectura pública, pero será suficiente que los juzguen útiles quienes desean examinar la verdad de lo sucedido y de lo que acaso sea de nuevo similar y parejo, teniendo en cuenta las circunstancias humanas”.⁹

Este fragmento es particularmente revelador y merece un comentario en profundidad. Obtenemos tres elementos decisivos: *su carácter no fabuloso*, que trataré más adelante; su renuncia a complacer a un auditorio, y lo que Dilthey llamaría *productividad*: “la asunción en la que Tucídides basaba su creencia de que la historia ofrece lecciones para el futuro”.¹⁰

En primer lugar, analizaré esta renuncia a complacer a un auditorio: se hace explícito que la obra de Tucídides no pretende deleitar, o al menos no proporcionar el placer inmediato y pasajero de una narración entretenida. Su densidad; la profusión de conceptos abstractos; la especialización y precisión de un vocabulario repleto de tecnicismos, y la sintaxis compleja y alejada del lenguaje conversacional son factores que oscurecen la textura del relato. Cicerón lo expresó de forma magistral: “Condensa tanto sus abundantes materiales que casi equipara la cuantía de sus palabras a la de sus pensamientos”.¹¹

En el extremo opuesto, se encuentra el ambivalente juicio de Dioniso de Halicarnaso: “Por decirlo brevemente, hay cuatro elementos principales en el estilo de Tucídides: la altura poética de su voca-

⁹ TUCÍDIDES. I, 22.4. El texto castellano corresponde a la edición de Juan José Torres Esbaranch, publicada por Gredos.

¹⁰ W. DILTHEY, (2002): *Selected Works, Vol. III. The Formation of the Historical World in the Human Sciences*. Princeton University Press. Princeton. Pag. 184.

¹¹ CICERÓN. *De oratore*: II, 56 Traducción propia.



bulario, la variedad de sus figuras, la rudeza de su composición y la agudeza de sus ideas. Las claves de su estilo son su solidez y densidad, agudeza y austeridad, gravedad y formidable intensidad. Sin embargo, por encima de todo esto destaca su cualidad emotiva”.¹²

Todos estos rasgos estilísticos son indicio de una acusada desautomatización, término que fue acuñado por el formalista Shklovski, aunque él la aplicase inicialmente a la creación poética, y que puede resumirse así: “mecanismos que causan en el lector un efecto de extrañamiento...un medio para destruir el automatismo de la percepción”.¹³ Este efecto de extrañamiento, que tiene cierto parecido con el *Verfremdungseffekt* del dramaturgo Bertold Brecht, es concebido por el historiador como un método de transformar el simple relato en un vehículo de reflexión por parte del lector. Porque el destinatario de esta obra está obligado a *examinar la verdad de lo sucedido*. Ya los propios antiguos se quejaban amargamente de la oscuridad deliberada de Tucídides, hasta el punto de que Dioniso de Halicarnaso afirmaba que, sin abundantes notas aclaratorias (lo definía como *glosemattiké*), era prácticamente imposible entenderle y, de hecho, el mismo Dioniso fracasó estrepitosamente.

A nivel hermenéutico, lo que distingue a Tucídides de su inmediato predecesor, Heródoto, no es el carácter de sus fuentes: “No cambia la base de la documentación historiográfica, que permanece en la antigüedad de carácter oral principalmente”.¹⁴ Como sucede con Heródoto, tampoco se excluye la *autopsis*, lo que el autor ha presenciado y visto con sus propios ojos. Tucídides se expresa en estos términos:

“Y en cuanto a los hechos acaecidos en la guerra, he considerado que no era conveniente redactarlos a partir de la primera información que caía en mis manos, ni como a mí me parecía, sino escribiendo sobre aquellos que yo mismo he presenciado o que, cuando otros me han informado, he investigado caso por caso, con toda la exactitud posible”.¹⁵

Pese a que aquí se hace explícito el carácter crítico de Tucídides, es de rigor mencionar que el tratamiento que éstas reciben no es menos crítico en Heródoto, quien nos indica incluso cuándo las fuentes que utiliza son dudosas, contradictorias o inverosímiles. Como diría Shotwell: “Tucídides, al contrario que Heródoto, aniquila sus fuentes en beneficio del arte”.¹⁶ En apariencia, al abstenerse de citar sus fuentes, Tucídides nos muestra su investigación como una verdad cerrada, como si ya no hubiera nada más que decir. Ése es su punto más débil desde la perspectiva del historiador actual, y es necesario dejar claro por qué cualquier crítica a Tucídides en ese sentido no es más que puro etnocentrismo.

El problema es que el historiador actual está acostumbrado a tratar con una inmensa masa de datos documentales y bibliografía especializada, y obligado a trabajar con un mínimo de seriedad académica, sujeto al principio del *peer review*. Esto es una herencia del positivismo decimonónico (la obsesión por el documento) y ha sido posible gracias a un invento que los europeos no descubrieron prácticamente hasta la Edad Moderna: lo que Max Weber llamaba *racionalidad burocrática*. En otras palabras: un historiador actual tiene a su disposición montañas y montañas de documentación archivada y ordenada de forma sistemática, a la que puede acceder a su discreción. Esto ha propiciado la siguiente afirmación de Foucault: “La historia es cierta manera, para una sociedad, de dar estatuto y elaboración a una masa de documentos de la que no se separa”.¹⁷

Esta afirmación de Foucault no es enteramente aplicable a la his-

12 DION. HAL. *De Thucydide*: 24 Traducción propia.

13 D. Viñas. Op. cit. Pag. 359.

14 A. MOMIGLIANO, (1984): *La historiografía griega*. Crítica. Barcelona. Pag. 99.

15 TUC. I 22, 2

16 J.T. SHOTWELL, (1922): *An introduction to the history of history*. Columbia University Press. New York. Pag. 177

17 M. FOUCAULT, (1979): *La arqueología del saber*. Siglo XXI. Mexico. Pag. 10.



toriografía clásica, por la sencilla razón de que no existe tal *masa de documentos de la que la sociedad no se separa*. No olvidemos que la *racionalidad burocrática* no es algo propio del mundo griego antiguo, y mucho menos de una democracia directa como la ateniense, donde no existía ni podía existir una burocracia profesionalizada. Sin embargo, Tucídides está dando *estatuto y elaboración* al documento, a un documento de naturaleza oral que se desvanece, que debe ser transformado en historia si esperamos que se convierta en *una adquisición para siempre*¹⁸. Como resume muy acertadamente un comentarista moderno: “Fundamentalmente, Tucídides no ha hecho otra cosa que reforzar el rigor y la coherencia de los criterios de Heródoto, prefiriendo la historia contemporánea a la casi contemporánea”.¹⁹

Un análisis del libro I de “La Guerra del Peloponeso” nos induce a creer que la diferencia primordial entre Tucídides y su inmediato predecesor es de orden epistemológico y no hermenéutico: el historiador ateniense renuncia a la evidencia inmediata y plantea una hipótesis audaz y de mayor alcance, partiendo de que existe una gran diferencia entre *las razones manifestadas públicamente y la causa más real*²⁰. Esta frase es tan reveladora que merece ser repetida en griego: τὴν μὲν γὰρ ἀληθεστάτην πρόφασιν, ἀφανεστάτην δὲ λόγῳ. Si profundizamos en la etimología de las palabras, en su elaboración a manos de Tucídides, encontramos una profunda paradoja: *alethestaten* es el superlativo de *alethes* (verdadero), palabra que se compone del prefijo de negación “a” más la raíz *lath*, la misma raíz del verbo *λανθάνω* y del latín “lateo”, que significa “estar oculto”. La causa verdadera, en realidad, no es evidente: su auténtica naturaleza es *afanestaten logoi*: no manifestada en los discursos. Sólo puede llegar a ser revelada (*alethes*) mediante un salto conceptual. A mi juicio, resulta significativo que Tucídides describa ambos elementos con adjetivos morfológicamente negativos y en modo superlativo. La propia elección del término *profasis* es sorprendente: aquí aparece utilizado como un préstamo de la medicina, y en oposición a su significado en el lenguaje común: “pretexto”.

Según Tucídides, las causas alegadas públicamente en los prolegómenos de la guerra nos ofrecen una causalidad inmediata, superficial, que debe ser conocida porque, en cierto sentido, condiciona los acontecimientos posteriores y también porque, posiblemente, estaba incluida dentro del horizonte de expectativas del lector. Sin embargo, nuestro historiador percibe que no es una causa suficiente: se hace necesario profundizar en las motivaciones, buscar un elemento común a todas ellas y trascenderlas. Tucídides plantea una hipótesis tan simple como realista: “Los atenienses al hacerse poderosos e inspirar miedo a los lacedemonios les obligaron a luchar”.²¹

Aquí se abre uno de las cuestiones que han dejado más perplejos a los filólogos: ¿Cómo explicar en una sola frase y con palabras tan simples el origen de una guerra tan compleja y destructiva? Parece que el efecto es desproporcionado a la causa. Pero es aquí, precisamente, donde es crucial entender, hasta donde es posible, la *cuestión tucidídea*: los problemas de interpretación que suscita la cronología de la composición y redacción de la obra. En su controvertido libro, Cornford afirma: “Sólo podemos llegar a la conclusión de que Tucídides no logró comprender cuál pudo haber sido el motivo de la guerra”.²² En descargo de Cornford, debe decirse que era deudor del hipercriticismo de Beloch y que, por otra parte, su obra, a la que volveremos más adelante, defendía la audaz hipótesis de que la obra de Tucídides compartía las premisas psicológicas y antropológicas del género trágico.

En su *Historia de Grecia*, más moderna, aunque ya tiene varias

18 Tuc. I, 22, 4

19 MOMIGLIANO, Op. Cit. Pag. 14.

20 Tuc. I, 23, 6

21 Tuc. I, 23, 6

22 F. CORNFORD, (1907); *Thucydides Mystoricus*. Edward Arnold. London. Pag. 13.



décadas, Hermann Bengtson nos ofrece un juicio más equilibrado, más propio de un historiador: “Con plena razón ve el famoso historiador las causas profundas (...) en el hecho histórico del dualismo ático-espartano así como en la oposición de los principios de política interna representados por los dos Estados dirigentes”.²³ El error estriba en interpretar la frase antes citada de Tucídides sin atender a su contexto dentro de la obra. Es posible que, a medida que el autor avanzaba en la organización del libro, se diera cuenta de que esa afirmación no se podía sustentar sin profundizar en los precedentes históricos de la guerra. De ahora en adelante, en Tucídides los hechos, como indica Dilthey: “serán rastreados con perspicacia hasta sus motivos psicológicos: la dirección y resultado de las luchas de poder entre Estados se explican en términos de poder militar y político”.²⁴

La necesidad de sustentar su hipótesis con hechos verificados explicaría que Tucídides intercalase su controvertido pasaje sobre la Pentecontecia: “que proporciona la historia del período 479-431 a.C. y fue compuesta después de la aparición de la obra “Atthis” de Helánico, que fue publicada probablemente después del 407/6 y a la cual Tucídides se refiere en 1.97.2.”²⁵ Este pasaje parece haber sido incluido en una fecha muy avanzada de la composición de la obra, incluso aceptando que ese gran preludio que es el libro I, como afirma, por ejemplo, Alsina, fuese compuesto “una vez concluyó su Historia, como es habitual e imaginable”.²⁶

En todo caso, la cuestión tucidídea es prácticamente irresoluble desde que Ullrich la plantease a mediados del S. XIX. Tenemos desde autores como J. Finley²⁷ que defienden la composición íntegra de la obra a partir una fecha tan tardía como el 404 a.C. a otros, como Momigliano, que intentan rastrear la propia evolución ideológica de Tucídides. Un buen resumen de esta cuestión puede hallarse en Alsina.²⁸ El lector moderno, en todo caso, no puede más que admirar la sólida arquitectura conceptual y literaria del libro I, su estructura que combina, armoniosamente, la construcción en anillo con un *crescendo* que conduce, casi sin solución de continuidad, al estallido de la guerra. Sin embargo, aquí se encuentra la más genial aportación de Tucídides. Como afirma Momigliano: “Las austeras palabras de Tucídides recordaban a los historiadores que tenían el deber de mirar más allá de la apariencia inmediata”.²⁹ Por el contrario, ¿qué relación tiene Livio con la búsqueda de la *causa más verdadera*?

Ante todo, es necesario dejar muy claro que el mérito literario de Livio queda más allá de cualquier duda. El propio Plinio el Joven prefería leer *Ab Urbe Condita* a contemplar la espectacular erupción del Vesubio en el 79 AD. Definitivamente, en todo lo relativo al valor artístico de su obra, la unanimidad es absoluta. La primera década de Tito Livio ha sido, desde siempre, la más apreciada a nivel artístico: compuesta como una sucesión de cuadros breves, “con sus giros poéticos, enfáticos y familiares”.³⁰ Sin embargo, el estilo de Livio alcanza la perfección en la tercera década, en la que encontramos reminiscencias épicas. En ella, la porfiada lucha contra Aníbal adquiere un tinte heroico, pese a que Livio no entendía gran cosa de cuestiones militares. Encontramos en el conjunto un “profundo estudio de los períodos, más densos y más simétricos que los de Cicerón (...) gran cantidad de expresiones antiguas o poéticas”³¹ (Bayet, id.). El juicio más resumido y acertado que puede hacerse es el siguiente: “Un ampuloso estilo ciceroniano, reforzado con rasgos de

23 H. BENGTON, (2005): *Historia de Grecia*. RBA Coleccionables. Barcelona. Pag. 161.

24 DILTHEY, Op. Cit. Pag. 184.

25 P.E. EASTERLING; B.M.W. KNOX, (2003): *The Cambridge History of Classical Literature. Vol. I. Greek Literature*. Cambridge University Press. Cambridge. Pag. 443.

26 J. ALSINA, (1981); *Tucídides. Historia, ética y política*. Rialp. Madrid. Pag. 36.

27 Esta opinión expresada por J. Finley se encuentra en abierta contradicción con las palabras de Tucídides, quien afirmaba que había empezado su obra nada más iniciarse el conflicto.

28 ALSINA, Op. Cit. Pag.323 y ss.

29 MOMIGLIANO, Op. Cit. Pag. 159.

30 J. BAYET, (1966): *Literatura Latina*. Ariel, Barcelona. Pag. 259.

31 BAYET, Ibid.



Salustio y del lenguaje poético: un plato sabroso”.³² El contraste con Tucídides a nivel estilístico no podría ser mayor: én éste la severidad se impone sobre la familiaridad; la austeridad, sobre el vuelo poético; la densidad conceptual sobre la elaboración formal del discurso.

Se ha dicho de Tucídides lo siguiente: “Marcha impasible a través de matanzas, sediciones, epidemias, como un hombre desligado de la humanidad, como alguien que, con los ojos puestos en la verdad, nunca se rebaja a sentir cólera o compasión”.³³ Este es un mérito indudable del historiador griego, aunque Taine pasó por alto un detalle obvio: que la objetividad de Tucídides, aun encomiable, tiene un propósito de mayor alcance. La obra de Tucídides no está concebida para hacernos sentir piedad. Sucesos lamentables como la matanza de ancianos, mujeres y niños en Micaleso a manos de mercenarios tracios al servicio de Atenas: “un desastre no menos digno de conmiseración que cualquier otro de los ocurridos en esta guerra”³⁴, no están, sin embargo, incluidos en la narración como excursos sin justificación. La expresión lacónica y distante de Tucídides tiene el propósito de mover a la reflexión, evitando deliberadamente apelar a la empatía. Es, verdaderamente, una técnica muy sofisticada para obtener un *Verfremdungseffekt*. Justo lo contrario de lo que pretende Livio.

1.2. HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE E HISTORIA UNIVERSAL

A lo largo de las últimas décadas ha surgido en el ámbito académico un debate en torno a la posibilidad de aplicar las técnicas y modelos de nuestra disciplina a los acontecimientos del presente o del inmediato pasado, que han caído en manos consideradas indignas de confianza: las de los periodistas. Los historiadores que han participado en este debate pertenecen, esencialmente, a la especialidad de Historia Contemporánea. Sin embargo, pese a su muy post-moderno afán de novedad, no han inventado nada nuevo: hace veinticuatro siglos Tucídides ya escribió historia del tiempo presente, de su tiempo presente. Momigliano lo había definido en estos términos y de forma aun más tajante: “La historia seria, según Tucídides, no se ocupaba del pasado, sino del presente”.³⁵

Las posibilidades materiales del historiador actual y las de los autores clásicos son esencialmente distintas: nuestra principal preocupación no es la falta de documentos o fuentes fiables, sino la necesidad de tomar distancia y poner los datos en perspectiva. Con la historia del tiempo presente, sin embargo, encontramos dificultades análogas a las de Tucídides: que no podemos acceder a una parte significativa de las fuentes de archivo en tanto que incluyen material clasificado como secreto, y sólo pueden salir a la luz transcurrido un largo lapso de tiempo.

En el caso de Tucídides, como ya he señalado, estas fuentes de archivo simplemente no existían, y lo único que podía hacer el historiador era recabar información preguntando. La memoria es una construcción falible, que contiene sus propios elementos de criba y de salvaguarda. A pesar de ello, el historiador ateniense demuestra que no sólo es posible hacer una historia del tiempo presente, sino que, en ocasiones, no hay otra forma de hacer historia.

Por el contrario, el caso de Tito Livio es diametralmente opuesto: su investigación se remonta al más oscuro pasado de Roma: más de ocho siglos separan al historiador del tiempo que investiga. Esto nos plantea un problema: aunque la historiografía romana nace al calor de la historiografía griega, y los puntos de contacto son innegables, el historiador romano, en general, tiene un interés por la historia global de Roma, pero rara vez aborda temas inmediatamente

32 R. SYME, (2010): *La Revolución Romana*. Crítica. Barcelona. Pag. 595.

33 H. TAINE, (1856): *Essai sur Tite Live*. L. Hachette. Paris. Pag. 334.

34 TUC, VII 30-31

35 MOMIGLIANO, Op. Cit. Pag. 137.



contemporáneos. Salustio no emprendió el relato de la conspiración de Catilina nada más iniciarse, sino dejando un respetable lapso de tiempo. Tito Livio, por ejemplo, al afirmar que “escribirá acerca de la contienda más memorable que jamás se haya librado”³⁶, está haciendo un guiño descarado a Tucídides cuando éste afirma que “escribe porque pensaba que iba a ser importante y más memorable que las anteriores”: (ἐλπίδας μέγαν τε ἔσεσθαι καὶ ἀξιολογώτατον τῶν προγεγενημένων)³⁷. Merece la pena citar también la frase de Livio en latín: “Bellum maxime omnium memorabile quae umquam gesta sint me scripturum”. Por si esto fuera poco, las razones que llevan a Tito Livio a concluir que la Segunda Guerra Púnica fue la más grande parecen calcadas de Tucídides: que ambos contendientes se encontraban en el apogeo de su poder.

Pero la semejanza entre ambos autores termina ahí. Tucídides, aunque la guerra no ha hecho más que empezar, ya intuye que la guerra del Peloponeso será la más grande que haya habido en Grecia, la más memorable. Livio, por el contrario, está narrando una guerra que había tenido lugar dos siglos antes de su época. Contaba con la perspectiva del tiempo, con la distancia. Introduce, además, un elemento épico, con frases como ésta: “La fortuna de las armas fue tan indecisa, tan incierto Marte, que los vencedores serían los que estuvieron más cerca del desastre”.³⁸ Es obvio que Livio no miente cuando afirma que la Segunda Guerra Púnica le parece memorable. Tampoco miente al describir a Roma y Cartago como dos potencias en el cénit de su poderío militar. Lo que le distingue de su predecesor es que Livio relata esta guerra porque le proporciona materia prima para un relato emocionante.

Cualquier proyecto de componer una historia universal se enfrenta a obstáculos insalvables. El principal de ellos se deriva de la imposibilidad de elaborar dicha historia basándose exclusivamente en las fuentes primarias: no es factible ni siquiera para una historia que apenas cubre un intervalo de setecientos años y en una región relativamente pequeña del Mediterráneo. Por contraposición a la monografía histórica, cualquier historia universal ha de ser forzosamente una obra de síntesis. Si a esto añadimos la afirmación de Spengler, que tan caro era a nuestro gran Ortega, acerca de que la historia universal es “una representación ordenada del pasado, un postulado interior, la expresión de un sentimiento de la forma”³⁹, quizá estemos dispuestos a perdonar a Livio sus inconsistencias como historiador.

En lo que se refiere a la falta de seriedad hermenéutica de Livio, viene siendo moneda corriente desde Niebuhr y Mommsen criticar el método historiográfico del autor romano y esta crítica no carece de fundamento. No sólo este historiador compone su obra partiendo de fuentes secundarias (analistas, fastos consulares, trabajos de otros historiadores como Polibio, literatura y leyendas populares), sino que no se toma la molestia de acudir a las fuentes primarias cuando se encuentra con testimonios contradictorios.

A pesar de todo ello, el propósito de Livio no es componer una obra de erudición modélica, sino que su intención es bien distinta: “El objetivo que propongo a la escrupulosa atención de cada cual es la vida y las costumbres de antaño, las grandes figuras y la política, interna y externa, que crearon y engrandecieron el Imperio”⁴⁰. Como diría Ronald Syme: “una concepción moral y romántica de la historia”.⁴¹ Podemos dar por seguro que esto explica, y hasta cierto punto compensa, la aseveración de Bickel: “Claro que pocas cosas favorables pueden decirse sobre la actividad puramente investiga-

36 LIVIO. *Historia de Roma*. (En adelante: AUC) XXI 1. Traducción propia. Salvo que indique lo contrario, todas las referencias proceden de la traducción de José Antonio Villar Vidal, publicada por Gredos.

37 Tuc. I, 1.

38 AUC. XXI 1. Traducción propia.

39 O. SPENGLER, (2005); *La decadencia de Occidente*. RBA. Barcelona. Pag. 50.

40 AUC Prefacio, 9.

41 SYME. Op. Cit. Pag. 594.



dora de Livio”.⁴² (Bickel, 2005:186).

Pero su escasa pericia hermenéutica no impide a Livio ser honesto con las fuentes⁴³ que utiliza; por poco crítico que sea, no duda en poner de relieve las contradicciones que ha encontrado, como en el caso de la embajada de los prisioneros de Cannas: “Hay también otra versión con relación a los prisioneros ...”⁴⁴. Después de referir las discrepancias entre las versiones de que dispone termina por concluir, de forma ambigua: “Es mayor la sorpresa que producen unas discrepancias tan profundas entre los historiadores que la posibilidad de discernir qué hay de verdad en ellas”.⁴⁵

Además, existe toda una tradición de honradez historiográfica en el trabajo de los anteriores analistas, pese a su chovinismo, de la que Livio es heredero. Pero su afán es contar algo que trasciende la mera verdad histórica: contar la verdad, o lo que él considera verdadero, y hacerlo, sobre todo, bellamente. En definitiva: “El afán de crítica era contrario a su naturaleza. Livio era un narrador”.⁴⁶

En última instancia, cabe referir que la posición de Livio en la cultura romana es comparativamente más importante que la de Tucídides en el mundo griego: Livio es, junto a Virgilio, el forjador del mito nacional romano, pero confiere a este mito una autenticidad, una historicidad de la que carece la poesía épica. Como señala Bickel: “en un sentido más profundo existió la realidad de que en la protohistoria latina hombres austeros y castas matronas echaron los cimientos de la grandeza de Roma (...) Todos los que leyeron a Livio creyeron en sus personajes, y en su historia aprendieron con devoción y edificación”.⁴⁷

Junto a esta concepción en la que Livio se muestra como el defensor de unos mores: “unas actitudes morales -sobriedad, patriotismo, piedad, laboriosidad- que habrían sido la clave de la fortaleza expansionista romana”⁴⁸, no podemos dejar de lado que este historiador se aproxima a la historia desde la retórica: “Pensaba, como Cicerón, que la historia debía ser *obra oratoria*”.⁴⁹

Es necesario tener presente que la historiografía romana es un producto, si se me permite la expresión, de segunda mano. Los romanos no fueron el primer pueblo del mundo en escribir historia: ese papel pionero corresponde a la Grecia clásica. Pero la historiografía romana no es mera imitación o renacimiento de un género literario extranjero, sino que realiza una serie de aportaciones originales que proceden de la propia tradición del pueblo romano. Por otra parte, aunque pueda parecer una obviedad, es importante recordar que los romanos no llegaron a tomar un contacto directo con los historiadores de época clásica, sino que llegaron a ellos por mediación de la historiografía helenística. Tucídides llevaba muerto más de dos siglos cuando se produce el contacto de los romanos con la historiografía griega.

En cierto sentido, se puede argumentar que la historiografía romana hereda las mismas tensiones que deformaban la producción histórica en el mundo helenístico. Esencialmente, la contaminación entre géneros literarios constituía una grave amenaza, y la historia corría el riesgo de convertirse en una mera disciplina auxiliar de la retórica. Por otra parte, el campo de estudio de la historiografía helenística se había fragmentado hasta el punto de resultar irreconocible: desde relatos pseudohistóricos de la fundación de ciudades y dinastías hasta tentativas más o menos exitosas de componer una historia universal del mundo griego. A medio camino, encontramos biografías no siempre verosímiles que dan lugar, por ejemplo, a des-

42 E. BICKEL, (2004): *Historia de la Literatura Romana*. RBA Coleccionables. Barcelona. Pag. 186.

43 Para las fuentes de Livio, véase Soltau, 1897.

44 AUC XXII, LXI, 5.

45 AUC XXII, LXI, 10.

46 SHOTWELL. Op. Cit. Pag. 253.

47 BICKEL. Op. Cit. Pag. 188.

48 F. SÁNCHEZ MARCOS, (1993); *Invitación a la historia: La historiografía de Heródoto a Voltaire a través de sus textos*. Labor, Barcelona. Pag. 42

49 BAYET. OP. CIT. PAG. 259.



propósitos como las múltiples vidas de Alejandro. Es la edad dorada del polígrafo, que escribe “compilaciones de temas a menudo bastante carentes de sentido crítico”.⁵⁰

La historiografía helenística sufrió un casi absoluto naufragio, cuyos escasos restos fueron recopilados por Jacoby. Tan sólo un historiador se salvó: Polibio, un autor con un profundo espíritu científico y una filosofía de la historia que le coloca en clara oposición a las tendencias dominantes entre sus contemporáneos. La importancia de Polibio es singular, ya que su obra es la primera que adopta como objeto de estudio la historia romana. Por otra parte, su influencia no bastará para conjurar los rasgos peculiares de la historiografía romana, que le confieren su identidad y su originalidad.

Dejando al margen la influencia griega, la historiografía romana se deriva también de elementos puramente romanos: los discursos de elogio a los difuntos y la práctica analística. Esto confiere le confiere un valor singular: que los romanos no escriben historia por un interés científico puro, o como un ejercicio más o menos desinteresado de narrar hechos verídicos, sino que escriben historia con una finalidad determinada y explícita: proporcionar una guía, un modo de actuación para y sobre el presente. Por todo esto, sabemos que la historia romana es un producto cultural autoconsciente. En un manual universitario muy reciente podemos leer frases de este estilo: “Livio construye los tiempos primitivos de Roma y los primeros siglos de la República de forma sentimental y post-moderna”⁵¹. aunque uno puede preguntarse qué sentido tiene definir a un historiador del S. I como “post-moderno”.

Existe una unanimidad absoluta entre filólogos e historiadores modernos en conferir parte del mérito del nacimiento de la historiografía latina a la práctica del culto a los antepasados, “de la afición de los aristócratas romanos a ser glorificados con poesía”⁵². Esta práctica nos ha sido claramente atestiguada por Cicerón⁵³ quien, además, fue el primero en poner de relieve la conexión entre los discursos laudatorios y la historia, y en señalar sus debilidades. En todo caso, la historiografía latina encuentra un problema adicional: que el vehículo, el soporte literario de esta disciplina, es la prosa, y la prosa latina nace como algo prestado o robado al mundo griego.

Por lo demás, existe una considerable controversia con respecto a la influencia y utilidad de las publicaciones estatales, más o menos informales, en particular los *Annales Maximí*⁵⁴. Se da por sentado que la distribución anual de los acontecimientos propia de Livio o Tácito obedece a la influencia de este tipo de documentos. En todo caso, este fenómeno no es exclusivo de Roma: prácticamente todas las civilizaciones alfabetizadas han conocido mecanismos similares de preservar los hechos, verídicos o no, del pasado, incluso con carácter monumental, sin que eso haya conducido al nacimiento de la historiografía.

2. HISTORIA Y RETÓRICA

Hasta ahora, he hablado de Tucídides y Livio como investigadores y narradores. Ahora tengo que traer a colación un hecho que no debe perderse de vista: que la historia está íntimamente emparentada con la oratoria. ¿Cómo nos exponen las distintas partes en liza los motivos que, según ellos, les conducen a la guerra? Mediante los discursos que Tucídides y Livio ponen en boca de los embajadores y los magistrados corcirenses, corintios, espartanos, romanos, cartagineses...

50 J. BURCKHARDT, (2005): *Historia de la cultura griega. Vol III*. RBA. Barcelona. Pag. 420.

51 C.C. KRAUS, (2000): “The path between truculence and servility: Prose literature from Augustus to Hadrian”. en Taplin, O (Ed.). *Literature in the Greek and Roman Worlds. A new perspective*. Oxford University Press. Oxford. Pag. 462.

52 SHOTWELL. Op. Cit. Pag. 225.

53 Véase, a tal efecto, Brutus XVI.

54 Existe un estudio recientemente publicado por Rodríguez Mayorgas (2007) que defiende la intrascendencia para la historiografía romana de este tipo de documentos.



Este es un recurso constante en la historiografía antigua. Pero Tucídides no transcribe ningún discurso de forma literal: los inventa a partir de sus recuerdos o, más bien, de una serie de motivaciones generales que le han sido transmitidas y que cobran una nueva expresión. Su intención no es imitar el estilo de los oradores, sino insistir en que el motor de la historia son los propios seres humanos, seres falibles, librados a sus propios medios: “Nadie lleva a la práctica un plan con la misma fe que lo idea, sino que formamos nuestros planes en una situación de seguridad, mientras que al actuar lo hacemos con miedo y fracasamos”⁵⁵. Podemos llegar más allá, puesto que los discursos de Tucídides nos muestran “de forma delicada, que Tucídides abre nuestras mentes a la noción de que los seres humanos pueden equivocarse tan profundamente acerca de lo que ocurre ante sus ojos como acerca de los hechos del pasado más remoto y en el país más remoto”⁵⁶.

El uso de la oratoria como método expositivo es uno de los aspectos que más se ha criticado en Tucídides. En realidad, lo que más sorpresa despierta en los discursos que intercala Tucídides no es el hecho de que hayan sido reelaborados por el historiador a partir de sus propias fuentes, sino que todos aparezcan reformulados en dialecto ático. En realidad, esto es un rasgo de pura honestidad por parte de Tucídides: hubiera entrado dentro de sus posibilidades el componerlos en la variedad dialectal original: doria, jonia, eolia... y darles así un sabor auténtico. Pero aquí no operan las reglas de la verosimilitud literaria o poética: el autor no quiere imitar los hechos históricos, sino analizarlos y recomponerlos. Nos define la historia por oposición a la mimesis literaria. Este es, quizá, el origen del reproche que Aristóteles dedicaba a la historia, a la que confería una menor carga de verdad que a la poesía. En todo caso, los filósofos bien podían dar la espalda a la historia, y eso iba en su propio perjuicio: afortunadamente los historiadores clásicos decidieron ignorar esta clase de opiniones y seguir a lo suyo.

En lo que se refiere al modo de intercalar discursos en el continuo narrativo, Tucídides nos explora con claridad meridiana su propósito:

“Tal como me parecía que cada orador habría hablado, con las palabras más adecuadas a las circunstancias de cada momento, ciñéndome lo más posible a la idea global de las palabras verdaderamente pronunciadas, en ese sentido están redactados los discursos de mi obra”.⁵⁷

Términos como “idea global”, “adecuado a las circunstancias” deben ser tenidos en mente por cualquier estudioso de la obra de Tucídides: él no nos ofrece las palabras literales, sino el contenido de lo que se dijo de acuerdo a su propia interpretación. Dicho de otro modo: Tucídides admite que él ya ha criticado e interpretado esas palabras. Los discursos que ofrece están depurados de adornos innecesarios o de concesiones a la galería. No son, como los discursos de Tito Livio, exhibiciones magistrales de oratoria, sino de filosofía.

Pero existe un riesgo adicional con el historiador griego, ya que se puede argumentar lo siguiente:

“Generalmente, los discursos escritos por Tucídides expresan pensamientos que pertenecen no a los oradores sino a Tucídides. Esto es perfectamente compatible con la posibilidad de que Tucídides, en tanto que historiador, se haya intentado aproximar lo máximo posible a lo que los oradores realmente dijeron”.⁵⁸

Esta afirmación de Strauss no es esencialmente irresoluble, pero sí problemática. Para el historiador moderno la manipulación de las fuentes es anatema, ya que la confianza entre los historiadores se

⁵⁵ Tuc. I, 120, 5

⁵⁶ L. STRAUSS, (1978): *The City and Man*. The University of Chicago Press. Chicago. Pag. 163.

⁵⁷ Tuc. I, 22

⁵⁸ L. STRAUSS, Op. cit. Pag. 174.



deriva del hecho de hacer referencia de forma estandarizada a un documento de archivo al que cualquiera puede acceder. Sin embargo, Tucídides no cuenta con este principio hermenéutico que está todavía por ser inventado. Es posible que su sentido se ciña a la *idea global*, pero en una obra de la complejidad y profundidad de Tucídides existen multitud de ideas secundarias, algunas que se repiten a modo de *Leitmotiv*. Podemos concluir, como hace Jaeger, que los discursos de Tucídides son “una ficción muy consecuente, que no es posible entender desde el punto de vista del rigor histórico, sino por la necesidad de penetrar hasta las últimas motivaciones de los acaecimientos políticos”.⁵⁹

Nuevamente, Livio se encuentra en las antípodas. Es en los discursos y arengas que intercala Tito Livio durante su narración histórica encontramos más claramente su vocación retórica. Citado hasta la saciedad en cualquier manual de literatura o historiografía (en Bayet o Sánchez Marcos, sólo por ejemplo) ha sido el discurso de Tito Manlio Torcuato a propósito del rescate de los prisioneros romanos en Cannas:

“Cincuenta mil ciudadanos romanos y aliados, muertos aquel mismo día, yacen en torno a vosotros. Si el ejemplo de tanto heroísmo no os espolea, jamás nada os espoleará; si el ver tantas muertes no os enseñó a despreciar la vida, nada os lo enseñará”.⁶⁰

Si se escribieran en hexámetros, no creo que estas líneas ganasen en efectividad. En todo caso, los discursos de Livio sirven para ilustrar las motivaciones de sus protagonistas, pero lo hace mediante el recurso a las reglas de la verosimilitud poética y el *decorum*. Cuando se utiliza correctamente, este recurso proporciona al lector la sensación de estar participando en los acontecimientos, y transforma la historia en un escenario donde Apio Claudio, Fabio Máximo o Escipión cobran vida y, de algún modo, nos obligan a tomar partido. Como escribe Salvador Mas: “La gran habilidad de Tito Livio consiste en haber creado técnicas argumentativas y retóricas capaces de generar un espacio en el que se unifican el mundo histórico y el presente, la autoridad y la familiaridad, por decirlo con Cicerón”.⁶¹ Valgan estos dos ejemplos, extraídos del discurso de Hanón frente al senado cartaginés con ocasión del ataque de Aníbal a Sagunto: “Lo enviásteis (a Aníbal) a servir en el ejército como quien echa leña al fuego” y también: “Las ruinas de Sagunto, ojalá me equivoque en mi vaticinio, caerán sobre nuestras cabezas”.⁶²

Los discursos de Livio son pertinentes, están formal y estilísticamente motivados. Pero no poseen la altura filosófica de Tucídides, en quien, como ha observado Strauss: “los oradores responden preguntas (y no simplemente preguntas puntuales, sino las cuestiones más fundamentales y permanentes en lo que se refiere a la acción humana), para las que Tucídides no da respuesta, y lo hacen de la forma más persuasiva”.⁶³ El famoso discurso fúnebre del libro II que Tucídides pone en boca de Pericles es una obra maestra: un lector incauto quedará completamente convencido de los motivos por los cuales Atenas ha llegado a ser lo que es.⁶⁴ Todos los discursos que compone Tucídides comparten un grado de sofisticación, sutileza y dificultad técnica que los harían incomprensibles para la muchedumbre: “lleno de contraposiciones conceptuales y artificiosas, exageradas para nuestra sensibilidad (...) es la expresión más inmediata del pensamiento de Tucídides, que rivaliza en profundidad con el de los grandes filósofos griegos”.⁶⁵

59 W. JAEGER, (1957): *Paideia. Los ideales de la cultura griega*. FCE. México. Pag. 352.

60 AUC XXII; LX.

61 S. MAS, (2006): *Pensamiento Romano: Una historia de la filosofía en Roma*. Tirant lo Blanch, Valencia. Pag. 305.

62 AUC XXI, 10 Traducción propia.

63 L. STRAUSS, Op. cit. Pag. 164.

64 Muchos comentaristas han quedado sorprendidos por el hecho de que este discurso precede inmediatamente a la magistral descripción de la gran epidemia de Atenas. Incluso se ha interpretado la epidemia como un castigo a la hubris de los atenienses, interpretación, a mi juicio, extemporánea.

65 JAEGER. Op. Cit. Pag. 353.



3. TUCÍDIDES Y LIVIO EN SU CONTEXTO FILOSÓFICO

3.1. TUCÍDIDES, FILÓSOFO Y PRESOCRÁTICO

3.1.1. POLÍTICA Y MORAL

La cuestión de la política y la moral en el historiador ateniense ha sido objeto de estudio desde el Renacimiento, cosa que no es sorprendente. Un pensador de la talla de Hobbes, un gran teórico de lo que podríamos llamar “realismo político moderno”, nunca escondió ni disimuló su deuda con la obra de Tucídides, que tradujo magistralmente. Por otra parte, como se ha señalado en repetidas ocasiones, parece que cada generación de historiadores, filósofos o políticos en Europa ha intentado imprimir sobre esta obra sus propios prejuicios e inquietudes. Por otra parte, existe un inquietante paralelismo entre Tucídides y Maquiavelo, aunque no es posible determinar hasta qué punto esta relación se debe a una sorprendente afinidad espiritual o al hecho de que Maquiavelo leyera al historiador griego⁶⁶. Una lectura simultánea de *Los discursos sobre la primera década de Tito Livio*, la obra de Tucídides y la de Tito Livio nos muestra un Maquiavelo interpretando a Livio en clave tucidídea o, al menos, a través del prisma de un Polibio. ¿Acaso confluyen en Maquiavelo los polos opuestos de la historiografía clásica?

Se ha argumentado hasta la saciedad que Tucídides es el historiador de la *Realpolitik*, o *Machtpolitik*, que preconiza un enfoque puramente materialista de la historia donde la única ley universal es que “desde siempre ha prevalecido que el más débil deba someterse al más fuerte”⁶⁷. Afirmaciones de este tipo salpican la obra: “Es propio de la naturaleza humana dominar al que no se resiste, pero también defenderse de los ataques del opresor”⁶⁸. Expuesto en términos más próximos a nosotros, podríamos afirmar que “Tucídides asume que existe una clara e incontrovertible medida del poder y la debilidad que puede determinar de forma inequívoca las relaciones políticas”⁶⁹. ¿Refleja esto el sentir general de la época? ¿Es ésta la verdadera opinión de Tucídides sobre cómo debe actuarse en la política? ¿Es un reflejo del relativismo moral que, según se dice, preconizaban los sofistas?

Cualquier análisis de esta cuestión debe hacerse tomando como referencia la obra del historiador en su conjunto, sin sacar de su contexto las referencias utilizadas. Es necesario, además, no perder de vista, como señalaba hace tiempo Wilhelm Dilthey, el siguiente hecho: que “Tucídides podía contar con el conocimiento político que había surgido de las prácticas de los estados griegos independientes y con las doctrinas constitucionales que se habían desarrollado en el período de los sofistas”⁷⁰. Incluso podemos afirmar que Tucídides es algo más que un historiador: “un presocrático”⁷¹.

Si observamos atentamente el modo en que Tucídides establece las pulsiones elementales de la existencia humana, veremos su concepto antropológico toma como punto de partida una dialéctica entre la lucha por dominar y el deseo de no ser dominado. Maquiavelo se expresa en términos muy similares: “Pero las demandas de un pueblo libre (...) se originan en el hecho de ser oprimidos, o en el miedo de que están a punto de serlo”⁷². Pero, antes de acusar a Maquiavelo de maquiavelismo, es necesario seguir leyendo: “Si este miedo es infundado, su remedio se encuentra en las asambleas públicas, donde es posible que una persona de mérito les demuestre

66 Se sabe que Maquiavelo había leído a Jenofonte, y existía una traducción de Tucídides al latín realizada por el humanista Lorenzo Valla, pero es casi seguro que Maquiavelo no la había leído.

67 Tuc. I, 76

68 Tuc. IV, 60, 1

69 G.M. MARA, (2008): *The political conversations of Thucydides and Plato*. SUNY Press. Albany. Pag. 51.

70 W. DILTHEY. Op. Cit. Pag. 165.

71 L. STRAUSS, (1989): *The Rebirth of Classical Political Rationalism: An Introduction to the Thought of Leo Strauss – Essays and Lectures by Leo Strauss*. The University of Chicago Press. Chicago. Pag. 101.

72 N. MAQUIAVELO, *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*. I. IV.



con argumentos que se están engañando a sí mismos”⁷³.

En todo caso, es un grave error interpretar a Tucídides como un defensor de la ley del más fuerte y explicar su obra como una simple exposición de hechos históricos que justifican dicha hipótesis. El problema que Tucídides intenta desentrañar a lo largo de su obra es el problema del hombre en la *polis*, las relaciones entre los ciudadanos de una *polis*, y las *polis* entre sí. La cuestión moral es mucho más compleja que la simple ley del más fuerte: Tucídides expone, sin llegar a resolverlas, una serie de profundas contradicciones en la realidad política y humana.

Una lectura comparada del *Protágoras* de Platón y el episodio del libro III de la obra de Tucídides, donde los portavoces atenienses Diodoto y Cleón debaten ante la asamblea la decisión de exterminar a todos los habitantes de la rebelde ciudad de Mitilene⁷⁴, nos puede llevar a esta conclusión: “La interacción filosófica del *Protágoras* tiene un paralelo político en la insistencia de Diodoto en que lo que es bueno para Atenas no es tan obvio como afirma Cleón y que descubrir lo que es bueno requiere una investigación y reflexión profundas”⁷⁵. Esto nos debería llevar a descartar sin contemplaciones cualquier afirmación que sugiera que Tucídides sea una especie de Maquiavelo *avant la lettre*, un defensor de la ley del más fuerte. Un razonamiento de este tipo no sólo es extremadamente reduccionista, sino que refleja una lectura parcial, superficial y tendenciosa de ambos autores. No se trata de que los dioses estén del lado de los batallones más fuertes: para Tucídides, no hay dioses en absoluto, y la fuerza es algo relativo.

En abierto contraste con lo anterior, se ha querido ver en Tucídides un defensor de una moral convencional y tradicionalista, un conservador abiertamente hostil a la democracia. Sus juicios, sin embargo, sobre aspectos de la vida política griega como la naturaleza constitucional de la *polis*, rara vez son abiertamente hostiles a la democracia *per se*, sino a aspectos estratégicos y errores puntuales de un *demos* engañado por demagogos sin escrúpulos, o que en ocasiones se deja arrastrar alternativamente por la presión del miedo o la ambición. Por el contrario, también las oligarquías cometen excesos, y Tucídides tampoco duda en ponerlos de relieve. Por lo demás, sólo podríamos interpretar como conservadurismo esta supuesta hostilidad a la democracia desde nuestra propia perspectiva moderna. En realidad, pocas instituciones podían llegar a ser tan conservadoras como una democracia capaz de acusar a Sócrates de corromper a los jóvenes. Nos encontramos ante una contradicción en los términos.

El sentido moral de Tucídides no es conservador, salvo que consideremos que la sensatez (*sophrosyne*) es conservadora por naturaleza. Merece la pena citar, en toda su extensión, este comentario de Strauss a la profunda y desgarradora descripción que hace el historiador de los efectos de la guerra civil en Corcira⁷⁶:

“Una ciudad sana valora sobre todas las cosas una virtud: la moderación. La ciudad enferma está enamorada de la osadía, de lo que llaman hombría, y la prefiere a la moderación. Moderación equivale a paz; osadía y hombría pertenecen a la guerra. Esta declaración nos permite afirmar, sin duda, que el sentido moral de Tucídides es idéntico al sentido moral de Platón. Me atrevo a decir que es idéntico al sentido moral de todos los hombres sensatos, es decir, de todos los grandes pensadores previos a la era moderna”⁷⁷.

Sin llegar a este extremo, es necesario matizar que rara vez Tucídides nos ofrece una respuesta apodíctica a cuestiones morales, y mucho menos en términos maniqueos, y si añadimos su materialismo a la ecuación, entonces podremos argumentar que su moral se expresa en términos de lícito o ilícito, correcto o incorrecto, ade-

73 *Discursos* I. IV.

74 Tuc. III 42 y ss.

75 MARA, Op. Cit. Pag. 59.

76 Tuc. III 81 y ss.

77 STRAUSS, *The Rebirth...* Pag. 86.



cuado o inadecuado: no se trata de una moral más allá del bien y del mal, sino una moral que no se deja reducir o simplificar, y que no se puede expresar en términos metafísicos. Quizá por esta razón Nietzsche no dudaba en manifestar su admiración por el historiador griego.

En esta parte de la obra, el libro III, encontramos tantas cuestiones de interés que es posible equipararlo al Diálogo de los Melios⁷⁸, al que supera en profundidad pero sin alcanzar su altura dramática, un debate que estudiosos como Nestle o Cornford han puesto a la altura del diálogo de Creonte y Tiresias en la *Antígona* de Sófocles. Es en estos pasajes donde la obra de Tucídides se supera a sí misma en productividad, donde se convierte en una *adquisición para siempre*. En cierto sentido, el historiador moderno desea evitar la lectura de Tucídides porque le deja mal sabor de boca. La historiografía moderna evita formular leyes generales sobre el comportamiento humano con valor predictivo: renuncia a esa *productividad* en aras de una obsesión por la historia vista en tiempo pasado. El historiador moderno elige ignorar la advertencia de Maquiavelo: “Todos los hombres nacen, viven y mueren siempre en consonancia con las mismas leyes”.⁷⁹

Tucídides es un autor incómodo porque despierta en el lector la sensación de que la historia, contra todo lo que uno cree, efectivamente se repite. O que se repiten una y otra vez los mismos horrores. Yo mismo me encontré leyendo este pasaje del libro III y no pude dejar de pensar en última guerra civil española:

“Asesinaron a aquellos de sus conciudadanos a los que consideraban enemigos (...), pero también hubo quienes murieron víctimas de enemistades particulares, y otros, a causa del dinero que se les debía, perecieron a manos de sus deudores. La muerte se presentó en todas sus formas y, como suele ocurrir en tales circunstancias, no hubo exceso que no se cometiera y se llegó más allá todavía. Los padres mataron a sus hijos, los suplicantes fueron arrancados de los templos y asesinados en las inmediaciones”.⁸⁰

Nadie lo ha expresado mejor que Leo Strauss:

“Sobre todo, Tucídides nos permite ver lo universal en, y a través de, el acontecimiento individual que está narrando: por esta razón su obra tiene el propósito de ser una adquisición para siempre(...) permite a los lectores futuros percibir no sólo la verdad acerca del pasado, sino también la verdad con respecto a su propia época”⁸¹.

En definitiva, también Maquiavelo establece que el estudio de la historia se convierte en la herramienta “esencial para comprender correctamente los asuntos antiguos y modernos”.⁸²

3.1.2. TUCÍDIDES Y LOS PRESOCRÁTICOS

La relación de Tucídides con la filosofía de su época se manifiesta, para empezar, en su afán en oponer, mediante una peculiar dialéctica, posturas que son totalmente contrapuestas: corcirenses/corintios; espartanos/atenienses. Esto no es un invento genuino de Tucídides. Por otra parte, como recoge Guthrie⁸³, las antítesis entre aspectos *a priori* tan ridículos como puedan ser la distinción entre casi sinónimos como *profasis* (causa o síntoma) y *aitia* (pretexto o causa), cuyo significado cambia también según el contexto, son características propias de la sofística, y de Pródico en particular. Estas oposiciones se extienden a términos que, en la opinión común, no son necesariamente excluyentes: libertad y seguridad, ley natural y ley humana (*fisis* y *nomos*), conocimiento y creencia, miedo y am-

78 Tuc. V 102 y ss.

79 *Discursos* I. XI.

80 Tuc. III 81 4.

81 STRAUSS. *The City...* Pag. 143.

82 *Discursos* I. I.

83 W.K.C. GUTHRIE, (1988); *Historia de la filosofía griega*. Vol III: *La Ilustración en el S. V*. Gredos. Madrid. Pag. 92 y ss.



bición. Estas antítesis, como ha observado Shanske: “Se encuentran densa y consistentemente y, en verdad, plantean una y otra vez interrogantes muy significativos”⁸⁴.

Lo que sí es exclusivo del pensamiento de Tucídides es el hecho de entender que la relación entre estos elementos contrapuestos es fluida y sujeta a constante cambio, y esto es un préstamo de Heráclito: la historia se convierte en el estudio de estas relaciones en diacronía. Shanske ha reformulado la hipótesis de Cornford en los siguientes términos: la evolución de la actitud de Atenas y de Esparta a lo largo de la guerra, especialmente en los momentos más críticos, pone de manifiesto una pérdida de identidad, algo que Shanske relaciona con la tragedia. Es necesario, sin embargo, dejar constancia de que Eurípides y Tucídides “reflejan lo que ambos autores podían extraer de un repertorio común de ideas y nuevas formas de pensar aportadas por los sofistas”⁸⁵. Por su parte, Strauss también ha expuesto el hecho de que Tucídides nos escribe que Nicias, el general ateniense en Sicilia, es piadoso, reflexivo, lento y convencional, en franca contradicción con el modo de ser natural de Atenas. Por el contrario, los espartanos Brásidas y Lisandro poseen iniciativa, velocidad e imaginación, cualidades genuinamente atenienses.

La historia es movimiento, y la guerra es su motor. A lo largo de la Guerra del Peloponeso se han invertido los roles: las ciudades y sus generales han dejado de ser lo que eran, o lo que se supone que deberían ser. Es tentador afirmar con Strauss lo siguiente:

“Tucídides, diremos, es un presocrático. Su obra sólo puede ser comprendida en el transcurso de la filosofía presocrática, y en especial por contraste con el pensamiento de Heráclito (...). La filosofía presocrática necesitaba algo como la historia de Tucídides para complementarla: una búsqueda de la verdad”⁸⁶.

La hipótesis formuladas en torno a la premisa de que Tucídides consagra su obra a defender el modelo imperialista ateniense y justificarlo carecen totalmente de sentido cuando se profundiza en la lectura de la obra. Leo Strauss resume esta tesis en los siguientes términos: “Hoy en día, muchas personas creen que Tucídides, lejos de oponerse simplemente a la democracia, sentía simpatía hacia el imperialismo que acompañaba a la democracia ateniense, o que él creía en la política de la fuerza”⁸⁷. Sin embargo, un lector perspicaz puede darse cuenta con facilidad de que todas las palabras de alabanza sobre las ventajas del imperialismo ateniense son puestas por Tucídides en boca de los propios atenienses. Nos encontramos en uno de los múltiples casos en los que sólo el contexto en el que Tucídides coloca estas afirmaciones nos permite entenderlas: si perdemos el contexto, lo perdemos todo.

Pero, en definitiva, ¿qué propósito tiene la obra de Tucídides? ¿cómo puede llegar a ser una *adquisición para siempre*? El interés por esta obra no se deriva simplemente de su valor como fuente histórica o como ejemplo de prosa literaria: lo que la hace única es el hecho de que es la primera obra que conservamos donde la observación de los hechos históricos constituye la base de una reflexión filosófica sobre la condición humana y la política, una reflexión que nunca puede quedar zanjada del todo, que nunca llega a una síntesis satisfactoria. Una dialéctica negativa en apariencia, pero que deja cierta esperanza: “Tucídides y Platón expanden los límites de la democracia mediante la insistencia en el hecho de que el discurso cívico en democracia se puede beneficiar abordando problemas que normalmente serían disonantes y amenazadores”⁸⁸. Esto, y no otra cosa, es lo que hace de Tucídides un pensador político de primera fila, hasta el punto que resulte totalmente inaceptable catalogarlo como un sofista, si es que queremos utilizar el término en sentido peyorativo.

84 SHANSKE, Op. Cit. Pag. 26.

85 D. PROCTOR, (1980): *The experience of Thucydides*. Aris& Phillips. Warminster. Pag. 43.

86 STRAUSS. *The Rebirth...* Pag. 101.

87 STRAUSS. *The City...* Pag. 145.

88 MARA. Op. Cit. Pag. 27.



Es necesario insistir aquí nuevamente en el contexto filosófico en el que se desenvuelve Tucídides, porque es uno de los factores decisivos para comprender mejor su obra. Recordemos que “Tucídides pertenece en cierto modo a la Atenas de Pericles, a esa Atenas donde Anaxágoras y Protágoras impartieron sus enseñanzas y fueron perseguidos acusados de impiedad”⁸⁹. La proximidad a Protágoras, por ejemplo, se puede rastrear en la absoluta ausencia en la obra de Tucídides no ya del *elemento mítico*, sino de cualquier intervención de la divinidad en el devenir histórico. Se afirma que Protágoras dejó escrito, en el inicio de la perdida obra *Sobre los dioses*, lo siguiente: “Respecto a los dioses, no tengo medios de saber si existen o no, ni cuál es su forma. Me lo impiden muchas cosas: la oscuridad de la cuestión y la brevedad de la vida humana”⁹⁰. En una obra importante aunque un tanto pasada de moda podemos leer lo siguiente: “En ningún momento polemiza Tucídides contra los dioses o la religión, pero su callar silencioso, con el que deja pasar estas cuestiones tranquilamente, es más elocuente que cualquier polémica”.⁹¹

La única fuente que nos puede informar sobre la actitud de Tucídides con respecto a la religión es su propia obra. He aquí un ejemplo que hace referencia a la maldición que recaería sobre los atenienses si se instalaban en cierto rincón maldito de la ciudad, un rincón que se vieron forzados a habitar durante los interminables asedios que sufrieron: “καί μοι δοκεῖ τὸ μαντεῖον τοῦναντίον ξυμβῆναι ἢ προσεδέχοντο: οὐ γὰρ διὰ τὴν παράνομον ἐνοίκησιν αἱ ξυμφοραὶ γενέσθαι τῇ πόλει, ἀλλὰ διὰ τὸν πόλεμον ἢ ἀνάγκη τῆς οἰκίσεως”⁹²: En definitiva, la profecía del oráculo se cumple, pero Tucídides interviene en primera persona: “μοι δοκεῖ”, y la frase tiene un ligero tono irónico, cosa particularmente significativa en Tucídides, quien rara vez recurre a la ironía. Nestle lo expone en estos términos: “La creencia en la adivinación, que constituía la piedra angular de la religiosidad popular griega, ha quedado totalmente aniquilada en Tucídides”⁹³.

En el famoso diálogo de los Melios, los enviados de Atenas se expresan en estos términos: “ἡγούμεθα γὰρ τό τε θεῖον δόξη τὸ ἀνθρώπειόν τε σαφῶς”⁹⁴. La comparación con Protágoras es absolutamente inevitable, aunque se podría objetar que es imposible saber hasta qué punto está Tucídides expresando aquí su propia opinión o pretende reflejar una actitud particularmente ateniense con respecto a la divinidad.

Una respuesta a este problema lo encontraremos en el episodio de la mutilación de los hermes en el libro VI. Aquí, el historiador proporciona una interpretación política para un fenómeno cuya dimensión religiosa sería ínfima si estuviéramos dispuestos a considerar la actitud de los atenienses en general como escéptica o negligente con respecto a la religión. Los acusadores de Alcibíades “se pusieron a exagerar la importancia del asunto e hicieron correr la voz de que tanto la parodia de los misterios como la mutilación de los hermes apuntaban al derrocamiento de la democracia”⁹⁵. Sin embargo, poco éxito hubieran tenido en su empeño si no hubieran tenido un público, el *demos*, dispuesto sucumbir a un atávico miedo religioso.

Explicaciones realistas y desapasionadas de los fenómenos religiosos son habituales en Tucídides: un caso semejante lo encontramos en el libro I, en referencia a la acusación de sacrilegio que los lacedemonios hacen recaer sobre la persona de Pericles. El historiador no entra a valorar si esta acusación está justificada o no, sino que, tras

89 STRAUSS. *The City...* Pag. 161.

90 80B4 Diels-Kranz

91 W. NESTLE, (1975): *Vom Mythos zum Logos*. Alfred Kroener. Stuttgart. Pag. 516.

92 TUC. II, 17, 3: “Me parece que el oráculo se cumplió en orden inverso al que se esperaba, es decir, que las desgracias no sobrevinieron a la ciudad a causa de la instalación ilícita, sino que la necesidad de la ocupación fue debida a la guerra”.

93 NESTLE. Op. Cit. Pag.517.

94 TUC. V, 105, 2: “Pensamos, en efecto, como mera opinión en lo tocante al mundo de los dioses, y con certeza en el de los hombres”

95 TUC. VI,27,2



explicar el asesinato de Cilón a manos de los Alcmeónidas cuando estaba refugiado como suplicante en un templo, deja constancia de forma tajante de que los lacedemonios “sabían que Pericles estaba implicado en el sacrilegio por la parte de su madre, y creían que, si él era desterrado, la política de los atenienses evolucionaría de forma más favorable para ellos”.⁹⁶

Tucidides no deja de reflejar en su obra las profecías de los oráculos, las catástrofes naturales que son interpretadas como presagios, las purificaciones rituales o la superstición de personas como Nicias “que tenía una inclinación un tanto excesiva por la adivinación y por prácticas del mismo estilo”⁹⁷. Aquí el severo Tucídides se permite incluso el uso de la lítote: “ἦν γὰρ τι καὶ ἄγαν θειασμῶ τε καὶ τῷ τοιούτῳ προσκείμενος, donde τι καὶ ἄγαν θειασμῶ προσκείμενος” significa, literalmente, *inclinado un tanto demasiado a la superstición*, donde además juega con la polisemia del término, dando igual que interpretemos θειασμός como *superstición* o como *adivinación*. En un mundo donde todas las facetas de la existencia humana están impregnadas de religiosidad, esto no es de extrañar. Lo sorprendente es la actitud distanciada de Tucídides frente a estos fenómenos y la absoluta actitud de no-intervención divina que desprende la obra en su conjunto.

Otra cuestión es que determinados aspectos de la teología griega se hayan traspasado, vaciados de contenido religioso, a la obra de Tucídides, cuyo universo conceptual, como afirma Shanske:

“Tiene continuidad con el mundo de los trágicos por el hecho de tratar, de forma consistente y ubicua, con una preocupación familiar, abierta y significativa con respecto al deínon. Lo que es más, lo sorprendente de Tucídides es el singular hecho de que todavía estemos en el ámbito del deínon mientras permanecemos en el mundo de los hombres y hechos contemporáneos, en ausencia de los dioses”⁹⁸.

Esencialmente, podemos concluir que Tucídides es un historiador escéptico, racionalista y centrado en las causas materiales: “Cualquier trasfondo metafísico ha quedado así aniquilado, no sólo la fe popular en los dioses, que ha sido completamente dejada al margen, sino también cualquier especulación filosófica basada en la providencia divina o un orden cósmico estático”⁹⁹. No es extraño que Nietzsche lo describiese como un *Menschendenker*. Su historia es el producto acabado de toda la filosofía presocrática. Con palabras tan enigmáticas como entusiastas, Burckhardt describe al historiador griego así: “Tucídides es para nosotros el padre del juicio histórico, esto es, de aquella manera de juzgar la cosas, detrás de la cual el mundo ya no puede volver de nuevo”¹⁰⁰.

3.2. LIVIO. FILÓSOFO ESTOICO

Cualquier persona que conozca con cierta profundidad la figura de Tito Livio lo describirá de la siguiente forma: era un historiador con vocación oratoria. Sin embargo, es objeto de olvido general el hecho de que Livio tenía una inclinación natural hacia la filosofía, y que sus primeros escritos eran precisamente obras filosóficas. En un importante ensayo, uno de los mayores especialistas en el historiador romano ha escrito lo siguiente: “De forma harto destacable, jamás se ha realizado un análisis sistemático de *Ab Urbe Condita* para investigar sus ideas filosóficas, aunque es bien sabido que él era filósofo al igual que historiador”¹⁰¹. Esta vocación filosófica del historiador está atestiguada por Séneca en su epístola 100.

Por lo demás, salvo alguna notable excepción, como Bayet, que

96 Tuc. I, 127

97 Tuc. VII, 50

98 SHANSKE. Op. Cit. Pag. 105.

99 NESTLE, Op. Cit. Pag. 515.

100 BURCKHARDT. Op. Cit. Vol II. Pag. 400.

101 P.G. WALSH, (1958): “Livy and Stoicism”, *The American Journal of Philology*, Vol. 79, No. 4. (1958), pp. 355-375. Pag. 355.



ha querido ver en Livio un pensador racionalista, existe una notable unanimidad entre los comentaristas modernos en atribuir a Livio una filosofía estoica de la historia. La postura de Bayet, empero, es heredera de la influencia de un autor tan relevante como Hippolyte Taine, que describía la obra de Livio en estos términos: “Livio sabía que el mundo moral y el mundo físico están sometidos a leyes... el genio oratorio, cuando entra en contacto con la filosofía de la historia, produce un discurso que resume y explica las revoluciones y las guerras”.¹⁰²

Sin embargo, el estoicismo forma parte integral de la *Weltanschauung* romana. Casi puede decirse que constituye una ideología oficial, que impregna el conjunto de la producción literaria desde el último siglo de la República, y cuya influencia sólo será desplazada por el cristianismo. En Tito Livio, de forma paralela a Virgilio, esta filosofía se hace patente en varios aspectos: los ideales de *fides* y *pietas*; la presencia providencial de lo sobrenatural en la Historia, y la concepción de la grandeza de Roma de una forma casi análoga a la ideología estadounidense del *Manifest Destiny*. El propio Livio lo expresa con estas palabras: “Pero el origen, según creo, de tan gran ciudad y el inicio del mayor imperio, segundo solamente en poder a los dioses, se debía a los Hados”.¹⁰³

La actitud de Tito Livio frente a la religión es diametralmente opuesto al de Tucídides. Mientras que en el ateniense el motor de la historia lo constituyen las pulsiones contradictorias de la naturaleza humana, en Livio encontramos que “repetidas veces se manifiesta el poder de los dioses en los primeros libros”¹⁰⁴. Pero esto no es todo. Los dioses no se manifiestan de forma arbitraria o atendiendo a sus propios e inescrutables caprichos, sino que lo hacen guiados por una Providencia. “Esto sugiere inmediatamente el aspecto de la historia de Livio que resulta más cuestionable desde nuestro punto de vista. Es tan religioso en su tono como para resultar francamente medieval al incluir lo sobrenatural como una parte intrínseca de la historia humana, especialmente en lo que se refiere al tratamiento de las crisis, cuando por milagro o portento los dioses se manifiestan”.¹⁰⁵

Este concepto de la divinidad providente, sin implicar en ningún momento el monoteísmo, que Cicerón ya había expuesto en *De natura deorum*, se enlaza con el concepto que he adelantado antes del *Manifest destiny*. Livio escribe su obra en el contexto del nuevo régimen augústeo, un régimen que busca una justificación a su abierta ruptura con las libertades republicanas. Dentro de la propaganda del poder político, se puede justificar esta pérdida de libertades mediante un afán restaurador de una moral cívica periclitada: “Su *Res Romanae* debía ser moral, patriótica y edificante, una inspiración, apoyada en los ejemplos del glorioso pasado, para el renacimiento de Roma”¹⁰⁶. Pero todavía podemos ir más allá: “poniendo de relieve la naturaleza providencial del liderazgo mundial de Roma, Livio intentaba que su mensaje se adaptase a las necesidades particulares de la sociedad augústea”.¹⁰⁷

La filosofía de la historia de Livio es decadentista en apariencia: se trata de explicar cómo el abandono de los *mores* al que llegó la República, cuyo remedio no era fácil de soportar, condujo a su inevitable colapso. La famosa frase de Livio: “haec tempora quibus nec vitia nostra nec remedia pati possumus”¹⁰⁸, no especifica cuál es el remedio, aunque Syme lo describe en estos términos: “La aceptación de un gobierno centralizado como única garantía de la salvación de Roma”¹⁰⁹. Estemos de acuerdo o no sobre si el principado de Augus-

102 TAINÉ. Op. Cit. Pag. 317.

103 AUC I IV 1 Traducción propia.

104 WALSH. Op. cit. Pag. 358.

105 SHOTWELL. Op. Cit. Pag. 241.

106 R. SYME, (1959): “Livy and Augustus”. *Harvard Studies in Classical Philology*. No. 54, pp. 27-87 Pag. 56.

107 WALSH. Op. Cit. Pag. 375.

108 AUC. Prefacio, 9.

109 SYME (1959). Op. Cit. Pag. 47.



to supuso una decadencia en términos absolutos, hemos de reconocer que en casi todos los historiadores romanos se rastrea un afán restaurador de las buenas costumbres antiguas por contraposición a la decadencia del presente en el cual escriben. Sin embargo, Livio no comparte la hipocresía de un Salustio, ni el pesimismo de un Tácito.

En mi opinión, la visión decadentista de la historia que Livio nos ofrece es mucho más que un artificio retórico. Pero si el objetivo de su obra es iluminar el presente mediante el modelo reconfortante de los *exempla*, se hace inevitable el oscurecimiento del presente. ¿Qué podrían aprender los hombres de ahora de sus antepasados, tan fallibles y absurdos unos como otros? La idealización del pasado corre paralela a la decadencia del presente: se rompe, con ello, la unicidad fundamental de la condición humana tal y como había sido entendida por Tucídides. Sin embargo, los contemporáneos de Livio al igual que los romanos del año 449 a.C. creían igualmente que *después de todo, los dioses existen, y no descuidan los asuntos de los hombres: la soberbia y la crueldad reciben su castigo*¹¹⁰.

La relación de Livio con la filosofía y la teología estoica ha sido planteada en estos términos: *La actitud estoica de Livio ante las cuestiones religiosas constituye un intento de reinterpretar las antiguas creencias y reconciliarlas hasta donde sea posible con la razón humana* (Walsh 1958:375). Esto es extremadamente problemático y, posiblemente, constituye una de las más graves amenazas para la propia esencia de la ciencia histórica: la amenaza de la teología. Pero no olvidemos esta aguda declaración de Maquiavelo: "Los príncipes y repúblicas que deseen salvarse de la corrupción deberían ante todo mantener libres de corrupción los ritos y ceremonias religiosos, y reverenciarlos siempre"¹¹¹. Para Livio, quizás, esta intrusión de la teología no refleje plenamente un sesgo mitográfico, sino que constituye un elemento decisivo en su afán de restaurar las costumbres de antaño, y eso incluye prestar la debida atención la religión cívica.

A pesar de todo, la función de la Providencia en la obra de Livio no es proporcionar a los romanos una vida cómoda y feliz, sino todo lo contrario: los dioses intervienen para que, en todo momento, Roma esté puesta a prueba. "Aquí se sugiere un concepto filosófico de la mente divina, que nos recuerda a la deidad impersonal de la física estoica: un poder activo y dotado de un propósito, un poder que funciona de acuerdo con una finalidad preestablecida"¹¹².

En efecto, los romanos no tuvieron un momento de paz: si no había guerra, había epidemias, si no había epidemias, había hambrunas. Si faltaban todos estos problemas, surgía la discordia civil. No en vano consideraba Maquiavelo que la antigua Roma era la mejor de las repúblicas: su existencia estaba permanentemente amenazada. Pero la tesis de Walsh va todavía más allá, y llegará a afirmar lo siguiente:

"Livio manifiesta su creencia en una religión romana racionalizada por el estoicismo. Las creencias tradicionales le ofrecen un marco emocionalmente familiar, y en su descripción de la expansión romana su visión acrítica de la función del historiador le permite dar por válido el material recogido por la tradición sin rechazar específicamente los relatos de una intervención divina de naturaleza milagrosa".¹¹³

Ante una afirmación como esta, lo primero que debemos preguntarnos es por qué Livio no se dedicó a la poesía épica. En realidad, no creo que tenga que ver con una *visión acrítica de la función del historiador*, sino que Livio convierte la historia de Roma en una gran demostración, basada en los hechos históricos, de la filosofía estoica. Livio sólo puede ser acusado de escaso afán crítico desde nuestra cómoda perspectiva. Es fundamental entender que existe un

110 AUC III LVI

111 *Discursos* I XII

112 WALSH. Op. Cit. Pag. 361

113 WALSH. Op. Cit. Pag. 374.



propósito pedagógico en el historiador romano que posee un valor universal, que se puede expresar en los siguientes términos: “Livio se propuso borrar de la pizarra a los analistas; trascender el mero anticuarianismo, rendir honores a hombres famosos, pero no como biógrafo, y establecer una visión más noble de la naturaleza humana que la que se podía leer en las páginas de Salustio”¹¹⁴.

Pero reducir esta filosofía a un simple exposición de la providencia divina y el papel de Roma como pueblo elegido para una función civilizadora sería cometer una grave injusticia con Livio. Implicaría dar escaso crédito a las palabras del historiador, que merece la pena volver a citar: “El objetivo que propongo a la escrupulosa atención de cada cual es la vida y las costumbres de antaño, las grandes figuras y la política, interna y externa, que crearon y engrandecieron el Imperio”¹¹⁵. Livio en ningún momento alcanza la profundidad de sus predecesores en el análisis de las instituciones políticas, y es necesario dar una razón: “Si la teoría política está ausente en los treinta y cinco libros supervivientes de la historia de Livio, era porque para él era más importante la creación de una estructura narrativa coherente para su material que el análisis político”¹¹⁶. Pero sería radicalmente injusto pedirle eso, tanto como lo es censurar a Tucídides por no haber elaborado una bibliografía ordenada según la norma ISO.

Es necesario tener en cuenta que, como afirma Salvador Mas: “Tito Livio plantea con precisión el problema de todo historiador, en especial del que desea implicaciones ejemplares morales o políticas para su relato: no es que se vea obligado a traicionar la verdad para extraer lecciones del pasado, es que tiene que interesar a unos lectores en principio desinteresados”¹¹⁷. Es aquí donde radica parte del encanto imperecedero de la obra de Livio: no solo los *exempla* que ofrece son edificantes y humanos, sino que su obra posee un atractivo inmediato.

Es obvio que Livio posee un espíritu filosófico esencialmente distinto al de Tucídides. Pero lo importante es que lo posee. Ambos son herederos de cosmovisiones muy diferentes: Tucídides es un representante destacado de lo que se ha venido a llamar, de forma quizá demasiado optimista, la Ilustración griega. Sus puntos de vista proceden del escepticismo jonio y de la influencia de los sofistas, pero los supera a todos. Livio, por su parte, intenta crear una historia general de Roma conforme a una filosofía con rasgos del estoicismo, pero sin dejar nunca de lado la necesidad de contar una historia verídica, que no verosímil. Si Livio comparte con Cicerón su voluntad de crear una historia pensada en parte desde la retórica, también comparte la necesidad de no incurrir en la mentira.

4. CONCLUSIÓN

Según la definición moderna de la ciencia histórica, sería muy difícil considerar que Livio o Tucídides son historiadores. En efecto, sus métodos, su estilo y su pretensión de proporcionar un conocimiento imperecedero los hace incompatibles con el concepto actual de la historia como una ciencia en perpetua revisión. Dejando aparte el hecho de que opiniones de este tipo son anacrónicas e inadecuadas, es necesario que el historiador actual se plantee una serie de cuestiones alrededor de su propia disciplina, en un contexto de retroceso inexorable de las ciencias humanas. Maquiavelo ya había constatado lo siguiente:

“Sucede que la inmensa mayoría de los que leen historia disfrutan siguiendo la variedad de incidentes que presenta, pero sin pensar en imitarlos; juzgan que esa imitación no es ya difícil, sino imposible, como si los cielos, el sol, los ele-

¹¹⁴ SYME (1959). Op. Cit. Pag.56.

¹¹⁵ AUC Prefacio 9.

¹¹⁶ T. WIEDEMAN, (2007): “Reflections of Roman political thought in Latin historical writing” en The Cambridge History of Greek and Roman political thought. pp 517-531. Cambridge University Press. Cambridge. Pag. 523.

¹¹⁷ MAS. Op. Cit. Pag. 304.



mentos y el propio ser humano ya no fuesen lo mismo que eran antes en lo que se refiere a motivaciones, orden y poder”.¹¹⁸

Pero ahora ya no son los lectores de la historia, sino los propios historiadores los que parecen haber olvidado esta unidad esencial en la condición humana. Los historiadores son incapaces de tratar con Tucídides o Livio en términos de igualdad.

A lo largo de este trabajo, se ha demostrado que el elemento definitorio y vertebrador de la historiografía clásica no se encuentra en relación con la retórica, sino con la filosofía. Las obras de los historiadores clásicos han cumplido durante milenios con el requisito de Dilthey: la productividad. Esta productividad hubiera quedado completamente diluida si estas obras se hubiesen limitado a ser mera cronística, o prosa fantástica. Sin la filosofía, no hubieran podido ser otra cosa. Esto es lo que ha faltado a todas las demás culturas, culturas que, indudablemente, han *tenido* historia, pero que no han *escrito* historia. Si desligamos historia y filosofía al estudiarlas como géneros separados, sólo contribuimos al empobrecimiento de ambas. Estudiar independientemente a Tucídides y Platón, a Livio y Séneca es algo casi obligado por la naturaleza de nuestro sistema académico, pero ofrece un conocimiento parcial y sesgado de dos fenómenos indisolubles.

El historiador actual, por su parte, ve cómo su disciplina fracasa estrepitosamente a la hora de convertirse en un elemento encultrador, un discurso capaz de vertebrar no ya una ideología, no una mera superestructura, sino capaz de inspirar a hombres y mujeres, presentes y futuros, a reflexionar sobre su propia naturaleza. En aras de una supuesta científicidad, “las ciencias del espíritu conservan el contenido humano, pero tan sólo como ideología y a costa de la verdad”¹¹⁹. No estoy de acuerdo por completo con esta afirmación de Horkheimer, que debe ser matizada: a costa de una verdad realmente *significativa*.

Las diferencias entre Tucídides y Livio han servido para ilustrar los límites de la historiografía clásica, y casi puede darse por sentado que no existe nada en común entre ambos. El error es evidente: ambos están unidos por el hecho filosófico. Incluso aunque sean deudores de escuelas de pensamiento o cosmovisiones radicalmente opuestas, ambos comparten un afán totalizador. Ambas son perpetuamente modernas en el sentido de que no se plantean que la historia pueda servir para planificar el futuro, sino que ayudan a cualquier lector a comprender no ya la historia de Atenas o de Roma, sino su propio presente. Tucídides nos recuerda constantemente la necesidad de reflexionar sobre nuestro propio presente, a plantear con valentía los problemas políticos; Livio pretende, a través de los *exempla*, proporcionar un conocimiento edificante y ennoblecedor, y esto es el reflejo del modo en que los antiguos concebían la ciencia, una herramienta “para quedar abierta de esta suerte la vía que permitiese enseñar y aprender la forma justa del comportamiento en la existencia y, sobre todo, del cumplimiento de los deberes del individuo como ciudadano”¹²⁰.

En cierto sentido, el historiador ateniense se anticipa por su parte a Max Weber a la hora de mostrar el conflicto entre una ética de convicciones y una ética de la responsabilidad, un dilema que, en democracia (aceptando que lo único que tienen en común la democracia antigua y la moderna es la deliberación cívica), no corresponde privativamente a los gobernantes electos, sino a los electores. Como buen representante de la sofística, Tucídides no ofrece soluciones apodícticas a problemas complejos: cree que poner de relieve los elementos del debate ético y político es el punto de partida, no el de llegada.

118 *Discursos* I. Prefacio.

119 M. HORKHEIMER, (1973): *Crítica de la razón instrumental*. Ed. Sur, Buenos Aires. Pag. 88.

120 M. WEBER, (1995): *La política como vocación y la ciencia como profesión*. Espasa Calpe, Madrid. Pag. 41.





Por el contrario, Livio pretende enseñarnos no sólo de qué modo la historia demuestra que solamente la virtud cívica y humana explican la grandeza de Roma, sino nos descubre el modo de seducir al lector sin engañarle con sofismas ni dejarlo embelesado con fuegos de artificio literarios. Los hechos históricos no son materia de entretenimiento, sino de reflexión, y no importa cuál sea el objeto de la reflexión. Por el contrario, la historiografía moderna ha perdido esta capacidad: se hunde en un debate estéril, es incapaz de refundarse a sí misma.

No existe error más trágico en el mundo universitario actual que la división en compartimentos estancos de las disciplinas humanísticas. La especialización es necesaria e incluso imprescindible en las ciencias físicas, pero es perniciosa y contraproducente en las ciencias humanas. Muchas veces he manifestado mi perplejidad ante lo que me complace llamar “minifundismo académico”, o “solipsismo departamental”, esto es, la creencia de que la formación multidisciplinar termina en el Bachillerato, y que la especialización intelectual, llevada hasta su extremo, conduce a que el estudiante sepa cada vez más sobre cada vez menos, hasta el punto de, como decía el gran místico, poeta y santo, saber todo en nada. Desde mi punto de vista, esta especialización es perniciosa. Una vuelta al espíritu totalizador de los grandes clásicos, a la diversidad y riqueza del humanismo europeo es la mejor medicina para este mal. La mayoría de las veces, el mejor remedio es la humildad y, si algo nos enseñan los clásicos, es eso: humildad. Pero casi peor es el estado de absoluto olvido, por parte de los historiadores, de los orígenes de nuestra disciplina en el mundo clásico, es decir, en la relación entre historia y filosofía.

Hasta la fecha, no he conocido a ningún filósofo, o a nadie que pretenda hacerse pasar por tal, que no haya leído a Platón y Aristóteles. No se concibe que uno pueda llegar a ser filósofo sin estos autores, y ya Borges afirmaba que todos llevamos dentro un Platón o un Aristóteles. Sin embargo, hay docenas de historiadores que sólo conocen de Tucídides el nombre, y algunos ni siquiera eso. Ningún filósofo, ningún amante de la filosofía que se precie puede ignorar el peso de los clásicos, y no se siente en disposición de afirmar tajantemente que lo clásico ya está superado. Por el contrario, la mayoría de los historiadores está dispuesta a dar por sentado que Heródoto, Tucídides, Tácito o Livio son autores obsoletos, representantes de un modo de hacer historia que nada tiene que ver con el actual. Hoy por hoy, estos autores son tratados como fuentes documentales, de forma puramente instrumental, como si fueran el coto de caza de una selecta tribu de cazadores de *Realia*.

En cierta ocasión puse de relieve que un historiador que no haya leído a Tucídides no es un historiador, sino un fraude con diploma. Quiero hacer extensiva esta idea a los clásicos en general: Salustio, Polibio, Tácito... Historiadores cuya obra parece ser objeto de estudio para filólogos, o incluso filósofos, más que para historiadores. ¿Cómo se ha llegado a esto? Uno de los propósitos de este ensayo ha sido poner de manifiesto que los propios historiadores clásicos entendían de forma clara y distinta que la historia no es un simple relato de batallas o la descripción de series estadísticas, sino que toda producción histórica que se precie está sujeta a un imperativo de productividad, porque no es posible reflexionar sobre el presente sin conocer el pasado, y cualquier reflexión crítica sobre la historia, sin una base filosófica que la sustente, está condenada al fracaso.

A.W.H. ADKINS, (1975): "Merit, responsibility and Thucydides", en *The classical quarterly*. New Series. Vol. 25, No. 2. Cambridge.

M. ASENSI, (1998): *Historia de la teoría de la literatura*. Tirant lo Blanch. Valencia.

A.M. BIRASCHI, (1989): *Tradizioni epiche e storiografia*. Edizioni Scientifiche Italiane. Napoli.

E.H. CARR, (1988): *¿Qué es la historia?* Ariel. Barcelona.

F. CORNFORD, (1907): *Thucydides Mystoricus*. Edward Arnold. London.

B. LEITER, (2001): "Classical Realism". en Sosa, E, Villanueva, E. (eds.). *Philosophical Issues* No. 11. Social, Political and legal philosophy. pp 244-267. Blackwell. Oxford.

A. LESKY, (1969): *Historia de la literatura griega*. Gredos. Madrid.

B.G. NIEBUHR, (1844): *Lectures on the history of Rome*. Taylor & Burton. Londres.

L.D. REYNOLDS, y N.G. WILSON, (1986); *Copistas y filólogos*. Gredos. Madrid.

F. RODRIGUEZ ADRADOS, (1975): *La democracia ateniense*. Alianza. Madrid.

A. RODRÍGUEZ MAYORGAS, (2007): "Antes de la historia: Anales Máximos, escritura y memoria en la Roma republicana". *Gerion* 25, 1. pp 263-284.

W. SOLTAU, (1897): *Livius Geschichtswerk. Seine Komposition und seine Quellen*. Dieterliche Verlag und Buchhandlung. Leipzig.

O. SPENGLER, (2005); *La decadencia de Occidente*. RBA. Barcelona. (Traducción cedida por Espasa-Calpe).

G. STEINER, (2006): *La idea de Europa*. Siruela. Madrid.

J.Z. VÁZQUEZ, (1978): *Historia de la historiografía*. Ediciones Ate-neo. México.

P.G. WALSH, (1955): "Livy's Preface and the Distortion of History", *The American Journal of Philology*, Vol. 76, No. 4., pp. 369-383

